

# **¿SE HA VUELTO CONSERVADORA LA SOCIEDAD ESPAÑOLA? EXPLICACIONES ALTERNATIVAS DE LA VICTORIA ELECTORAL DEL PARTIDO POPULAR EN LAS ELECCIONES GENERALES DE 2000**

ELOÍSA DEL PINO

## **INTRODUCCIÓN**

LAS ÚLTIMAS ELECCIONES GENERALES EN ESPAÑA, celebradas en marzo de 2000, han configurado un panorama político nuevo desde la reinstauración de la democracia, hace 25 años. Por primera vez un partido del centro-derecha ha conseguido lo que algunos expertos y analistas consideraban impensable hace poco. El Partido Popular (PP) se ha proclamado ganador y lo ha hecho por una mayoría absoluta con la obtención de 183 de los escaños que completan los 350 de que consta la Cámara Baja del Parlamento español.

La victoria del PP no es, sin embargo, nueva. Ya en la anterior convocatoria electoral dicha formación política había conseguido un porcentaje de votos que le permitió, con la obtención explícita de los debidos apoyos, hacer frente a las tareas de gobierno durante cuatro años, entre 1996 y 2000. En aquella ocasión se trató, no obstante, de un triunfo discreto (no llegaron a 300 mil los votos que lo separaban del Partido Socialista Obrero Español, PSOE), si no fuese porque suponía la diferencia entre la posibilidad de formar gobierno o no.

Las elecciones de marzo de 2000 han arrojado resultados muy distintos. La distancia de algo más de un punto sobre el total de votos emitidos que separaba a ambas formaciones en 1996 se ha incrementado a un poco más de diez en el año 2000. Tal acontecimiento, de importancia indudable por la inmediata consecuencia para la formación de un gobierno monocolor y la modificación de los equilibrios parlamentarios establecidos con los partidos de ámbito subestatal, quedó relegado a un segundo plano, al menos momentáneamente, por la magnitud de otro fenómeno: la pérdida de apoyo electoral de las formaciones políticas de izquierda de ámbito nacional PSOE e Izquierda Unida, IU).

Los argumentos explicativos de la victoria de los populares en 1996 no fueron muy sofisticados. El desgaste de 13 años en el gobierno y los escandalosos casos de corrupción que salpicaron el quehacer de la gestión socialista parecieron dejar a todos satisfechos como razones de suficiente envergadura para justificar la derrota por un exiguo margen de votos. Con la frase más utilizada por aquellos días: “no ha ganado el PP, ha perdido el PSOE”, se pretendía dejar ver que la ventaja de la derecha era una consecuencia de los defectos de la labor en el gobierno de la izquierda más que de los propios méritos de aquella, y dejaba entrever la posibilidad de que, tras unos años de descanso de gobierno socialista, y después de algunas correcciones marginales, el PSOE recuperaría el poder. Sin embargo, las cosas no han ocurrido exactamente de esta forma en las últimas elecciones. El PP, aunque con un incremento de apenas medio millón de votos, ha obtenido la mayoría absoluta y las dos formaciones de izquierda de ámbito nacional, PSOE e IU, han perdido tres millones de votantes (un millón 600 mil y un millón 400 mil, respectivamente) en relación con 1996.

Los estudios poselectorales arrojan alguna luz sobre cuál ha sido la procedencia de los nuevos votos obtenidos por el PP y acerca de lo que ha ocurrido con los perdidos por los partidos políticos de izquierda. Todavía al pendiente de un exhaustivo análisis de las encuestas poselectorales, puede especularse con algunas interpretaciones de los primeros datos. Donde luego, hay que destacar que las elecciones de 2000 han sido, junto con las de 1979 y 1989 –aunque seguramente por motivos bastante distintos–, de las que menos participación han logrado atraer. La abstención en esta convocatoria se ha situado en algo más de 30% del censo, lo que representa aproximadamente nueve millones de personas que no han acudido a las urnas; tres millones menos que en las elecciones celebradas en 1996 –con una abstención cercana a 22.5% de la población con derecho a voto. Estos datos podrían hacer pensar que los votantes que en las elecciones de 1996 habían votado a las formaciones de izquierda han preferido en esta convocatoria no hacerlo, pero no han cambiado el sentido de su voto, simplemente no han acudido a las urnas. De esta manera, una hipótesis de un traspaso masivo de votantes del PSOE o de IU hacia el PP no tendría mucho sentido –incluso tendrá más sentido especular con que algunos de los votos perdidos han ido a aumentar la cuenta de resultados de los partidos de izquierda de ámbito autonómico como el Bloque Nacionalista Galego (BNG) o Esquerra Republicana de Catalunya (ERC). Cobraría fuerza una de las dos opciones siguientes (o las dos): los 500 mil votos nuevos con que cuenta el PP provendrían bien de los nuevos votantes incorporados al censo, bien de la fuga de votos de otras formaciones de ámbito autonómico.

La victoria por mayoría absoluta del PP, la pérdida de votantes del PSOE y de IU y el elevado abstencionismo son, pues, los datos más destacados de las elecciones de 2000. Todos y cada uno de ellos han sido recibidos con cierta perplejidad por la sociedad española. Y es este asombro lo que quizá haya provocado que las primeras reflexiones tardaran en llegar y que, cuando lo han hecho, los razonamientos que incluyen apuntan, con mayor o menor finura y seriedad, a una gran diversidad de variables. Las principales explicaciones se refieren a problemas internos del PSOE y, marginalmente, a los problemas de la izquierda, sobre todo, a la cuestión de la pérdida de la vigencia de sus mensajes, no sólo en la realidad española sino también en la de la Europa comunitaria; otras tratan de interpretar la victoria electoral del PP exponiendo sus propios méritos durante los años de gobierno. Pero, en la mayoría de la hipótesis aducidas, subyace la presunción de que un cierto cambio está ocurriendo en la sociedad española y, en concreto, en los rasgos, los valores y las pautas característicos de su cultura política.

La pretensión de este artículo es realizar un análisis de esta última cuestión. Es decir, se trata de repasar algunos de los indicadores utilizados para describir la cultura política con la finalidad de observar si se han producido cambios relevantes en las orientaciones de los españoles hacia los objetos políticos. La extensión del trabajo que se presenta impide la profundización en todas las dimensiones empleadas para el estudio de la cultura política, por lo que se seleccionarán los más pertinentes en relación con el objeto de este análisis.

Hay que hacer notar, sin embargo, que las explicaciones e hipótesis que se presentan tienen limitaciones importantes, algunas de las cuales se encuentran en el centro del debate de la ciencia política y, en especial, de los estudios sobre comportamiento electoral, cambio de valores o efectos institucionales, sin que todavía puedan ofrecerse resultados concluyentes. Una de estas preocupaciones es, por ejemplo, la existencia de alguna relación –más o menos intensa– entre la cultura política y el comportamiento electoral de los ciudadanos.<sup>1</sup> Otra de ellas es la reflexión acerca las motivaciones que impulsan a los electores a votar –o a no votar– en un sentido o en otro.<sup>2</sup> Los distintos enfoques explicativos del voto se muestran cautos a la hora de asignar un lugar central a alguna de las variables que podrían in-

<sup>1</sup> Véase, por ejemplo, M. H. Ross, "Culture and Identity in Comparative Political Analysis", en Mark I. Lichbach y Alan S. Zuckerman (eds.), *Comparative Politics. Rationality, Culture and Structure*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, pp. 42-80.

<sup>2</sup> Véase R. J. Dalton y M. P. Wattenberg, "The not So Simple Act of Voting", en A. W. Finifter (ed.), *Political Science: The State of the Discipline II*, Nueva York, American Political Science Association, 1993, pp. 193-217.

fluir las decisiones electorales de los ciudadanos. Existen multiplicidad de factores que influyen sobre el voto. Son importantes, por ejemplo, las instituciones, las leyes electorales, el sistema de partidos, la vida interna de los mismos, pero también lo son, aunque de manera desigual, la imagen de los líderes de los partidos, el papel de los medios de comunicación, la identificación con los partidos políticos, los programas políticos, las actividades electorales o de campaña, más, incluso, que las actividades a largo plazo de los partidos.<sup>3</sup> Para Dalton, “la elección de los candidatos y de los partidos implica juicios sobre la situación de la sociedad, la evaluación del rendimiento de los cargos y las proyecciones sobre el futuro”.<sup>4</sup> Del mismo modo, en su opinión, se podría hablar de una tendencia hacia lo que denomina la “individualización de la política”, según la cual los ciudadanos de las sociedades contemporáneas basan sus decisiones electorales, más que en factores relacionados con la pertenencia o la identificación con organizaciones tradicionales, en preferencias sobre las políticas públicas, el rendimiento o las imágenes de los candidatos. En este sentido, aquí se pretende sólo profundizar algo más en la hipótesis de que un cambio cultural importante se ha producido en el electorado y en la sociedad española.

El siguiente apartado recoge una síntesis y un intento de sistematización de los diferentes argumentos y de las hipótesis principales consideradas por políticos, académicos y analistas en los escritos aparecidos en la prensa tras las elecciones del 12 de marzo de 2000.<sup>5</sup> De todas ellas, en el tercer apartado de este artículo, se analizan las explicaciones que especulan con un cambio en los valores y en la cultura política de los españoles como factor que pudiese arrojar alguna luz sobre el resultado electoral.

#### LAS RAZONES DE LA VICTORIA POPULAR Y LAS EXPLICACIONES DE LA DERROTA SOCIALISTA

Varios son los argumentos que tratan de dar cuenta del resultado electoral del 12 de marzo de 2000. Una primera lectura de las explicaciones que los periodistas especializados, los políticos y los académicos han vertido en los medios de comunicación permite tener una imagen global de las mis-

<sup>3</sup> Véase S. H. Barnes, “Electoral Behavior and Comparative Politics”, en Mark I. Lichbach y Alan S. Zuckerman, *op. cit.*, pp. 115-141.

<sup>4</sup> *Ibid.*, pp. 212-213.

<sup>5</sup> Debido al tipo de análisis global que se hace, no se atribuye la fuente de cada una de las ideas en el texto, pero una relación de los escritos de prensa consultados aparece al final del artículo.

mas que, en general, hacen referencia a los dos datos más significativos de esta convocatoria electoral. Por un lado, y quizá por su inesperada magnitud, se pone el acento en la apreciable pérdida de votos de las formaciones de izquierda de ámbito estatal. Prácticamente todos los analistas coinciden en señalar tanto lo imprevisto de la victoria del PP por mayoría absoluta como la impensada pérdida de votantes de los partidos de izquierda. De modo que, antes incluso de intentar explicar la victoria popular, los analistas tratan de indagar los motivos de la derrota de la izquierda utilizando razonamientos que tienen que ver casi exclusivamente con los partidos que la representan: PSOE e IU —aunque, por supuesto, se hace mención de otros factores como la existencia de una crisis más universal de la izquierda.

Por otro lado y, como se ha dicho, en un segundo momento, se destaca el triunfo del PP y el hecho de que éste se haya logrado con la mayoría absoluta de los votos. En este último caso, se apuntan algunas especulaciones que valoran el papel del propio PP y su desempeño en el gobierno. Siguiendo esta lógica, este apartado presenta, en primer lugar, una síntesis de todas estas consideraciones e hipótesis organizadas en función de los partidos políticos a los que hacen referencia. En segundo lugar, se realiza un intento de sistematización de las mismas y una breve discusión de algunas de ellas en función de las variables teóricamente relevantes propuestas en su explicación.

*Una síntesis de las razones aparecidas en los medios de comunicación: análisis en función de los partidos y en función de las teorías*

*El PSOE: "más dura será la caída".* En los argumentos recogidos en la prensa para explicar la derrota de la izquierda se hace especial mención de lo que se ha denominado "la crisis del PSOE". Entre los razonamientos más ligados directamente a este partido se encuentran algunos como, por ejemplo, la ausencia de un liderazgo estable desde la retirada de Felipe González, agravada con la elección en las primarias de José Borrell como candidato a la presidencia del gobierno y su posterior dimisión.

Se ha señalado también, como otro de los motivos que habrían contribuido a precipitar la situación de malestar previa a las elecciones, la problemática bicefalia que mantuvieron el candidato citado, José Borrell, y el secretario general de la formación, Joaquín Almunia, durante varios meses y la definitiva promoción como presidenciable del mismo Almunia, quien cargaba con el lastre de haber perdido las elecciones primarias dentro del partido. Todo ello sería reflejo de la existencia de problemas no resueltos y de luchas internas del partido.

De la misma manera se recrimina al PSOE la ambigüedad de los mensajes que en los últimos meses trataba de hacer llegar a los ciudadanos y que tuvieron su culminación en el pacto con IU. El mismo partido se había esforzado por trasladar a la opinión pública una imagen de la formación centrada en el eje izquierda-derecha –incluso Almunia había hecho unas declaraciones afirmando que el PSOE era un partido de centro– y, sin embargo, el pacto con IU, situada más a la izquierda, parecía querer decir exactamente lo contrario.

Para otros, el error de la política pactista no fue tanto un eventual acercamiento a posiciones de izquierda más radicales como la percepción de ser ésta una operación táctica diseñada exclusivamente con la finalidad de recuperar el poder. Esta hipótesis se habría visto confirmada tras las elecciones por la resistencia de algunos líderes del PSOE a buscar soluciones progresistas en respuesta al calamitoso resultado electoral. Para algunos más, el desatino del pacto era precisamente el reflejo de la desconexión de PSOE con respecto a la cada vez más centrada sociedad española.

Otras de las causas más reseñadas son: la falta de comunicación con los ciudadanos y, en especial, con los nuevos votantes incorporados al censo; los enfrentamientos entre las diversas facciones socialistas; el carácter autoritario de la estructura del partido que sigue dejando poco espacio para las generaciones más jóvenes o para las mujeres; la prepotencia de su directiva que continúa dando por buenos los valores de una subcultura política que fue exitosa en el contexto de la transición y de la construcción de la democracia, pero que ya no sirven y, sin embargo, siguen siendo transmitidos a los más jóvenes; la falta de relevo generacional de las élites; la identificación de la mayor parte de los líderes actuales con las prácticas corruptas denunciadas durante la etapa de la gestión socialista –aunque sólo sea por la tibieza con que se habían condenado algunas de ellas–; la persistencia en mensajes utópicos; o simplemente las deficiencias de comunicación de ideas que, aun siendo válidas, no habrían sido escuchadas por los ciudadanos.

A ellas se unía, además, la valoración negativa y la pésima calificación de la labor opositora del PSOE durante toda la legislatura, al dedicarse más a resolver las discrepancias internas que a criticar la gestión del PP y a proponer soluciones a los problemas y a las preocupaciones de la sociedad española. Similar ha sido la crítica dirigida a la campaña electoral llevada a cabo por la formación socialista, calificada como carente de proyectos, incapaz de hacer algo más que estar a la defensiva y llena de recriminaciones hacia el Partido Popular.

Las enumeradas son sólo algunas de las circunstancias que en los medios de comunicación se han resaltado por su notable influencia en la pérdida de votos, confianza y apoyo del PSOE. Las soluciones recogidas en los

medios son más difusas y genéricas. Para algunos es necesario cambiar el contenido de los mensajes; para otros, que siguen apostando por la validez, la idoneidad e incluso la urgencia de los presupuestos socialistas, sólo es necesaria la renovación de los líderes y el cambio de estilo de éstos, que debiera ser más abierto y más innovador.

*La IU: ¿“crónica de una muerte anunciada”?* Al descalabro electoral de IU, los medios de comunicación dedican menos páginas. Para muchos el deterioro de su apoyo empieza a hacerse alarmante en las elecciones municipales y europeas de 1999, en las que pierde aproximadamente la mitad de los votos que había recibido en pasadas elecciones. Los resultados de las elecciones de 2000 serían, por tanto, la continuación de una tendencia. Aun haciendo la advertencia de una agonía ya anunciada de IU, se pueden exponer algunas hipótesis<sup>6</sup> acerca de este nuevo menoscabo electoral. Entre ellas, cabría mencionar la situación de crisis que desde el año 1997 existía, y que se saldó con la expulsión de algunos militantes o la retirada de Julio Anguita como líder de la formación –aunque se produjo después de las elecciones de 1999, en las cuales, como se ha visto, IU había perdido ya parte de sus votantes.

Del mismo modo, cabría atribuir algún peso a otros factores en la penalización del electorado tradicional de IU. Por ejemplo, la insuficiente labor de oposición al PP que habría sido, paradójicamente, menos dura que la ejercitada frente al PSOE; o la posibilidad de que hubiese dentro de IU un electorado anti-PSOE que no habría sentido la necesidad de movilizarse esta vez. Otros factores mencionados son: el buen entendimiento de los sindicatos con el gobierno del PP (el llamado acuerdo social); algunas acciones y actitudes de IU o de sus líderes que no se habrían entendido ni apoyado por parte del electorado (la posición de la IU vasca sobre el nacionalismo radical o el rechazo de la reforma del mercado laboral con planteamientos poco realistas); por último, el supuesto triunfo de los ideales neoliberales, bien acogidos por parte de los jóvenes, que habrían frenado el reclutamiento de nuevos votantes para las filas de Izquierda Unida.

*El PP: “la larga marcha”.* En opinión de muchos, la clave de la victoria del PP está más ligada a los propios méritos de esta formación que a los yerros de la izquierda. Entre aquéllos cabría destacar la imagen de unidad en torno a un liderazgo sólido, la incorporación de las nuevas generaciones a los órganos de dirección del partido, la concreción de las ofertas durante la campaña electoral, la mezcla de seriedad y honestidad que habrían sabido transmitir sus principales representantes y la imagen idealizada de una sociedad que

<sup>6</sup> E. Alvarado, “Hipótesis apresuradas sobre el descalabro electoral de IU en las elecciones generales de 2000. Una modesta contribución al debate”, mimeo, 2000.

progresar. Se pone asimismo el acento en la capacidad de sus líderes para alejar del partido algunas de las ideas más vinculadas tradicionalmente con la derecha, como las cuestiones religiosas, el tinte autoritario que frecuentemente se le recriminaba o la falta de sensibilidad hacia determinados grupos. Finalmente, se pone el énfasis en la habilidad del PP para entender, considerar y atender las demandas de la sociedad española de 2000.

La lista de explicaciones más o menos plausibles no se agota, sin duda, en las mencionadas arriba –por ejemplo, se señala también el apoyo decidido por parte del electorado al PP para evitar que, de nuevo, el gobierno tuviese que buscar la complicidad interesada de los partidos nacionalistas. Subyace en todas estas explicaciones aplicadas a los diferentes partidos, explícita o implícitamente, la idea de que la sociedad española está cambiando. Para algunos se ha producido un cambio radical, llegándose a hablar de un cambio en la cultura política de los españoles. Los resultados de las elecciones no serían más que un reflejo de esta transformación que podría cifrarse en la desaparición de la identificación ideológica izquierda/derecha en la que los ciudadanos ya no se sentirían tan reconocidos. Tradicionalmente se ha mantenido que la sociedad española era una sociedad de centro izquierda, y esta afirmación empieza a ponerse en cuestión.

*Los tipos de explicación: un intento de sistematización*<sup>7</sup>

Los argumentos con los que se trata de explicar los resultados de las elecciones generales de 2000 en España se pueden agrupar en cuatro conjuntos de hipótesis (véase la tabla 1): la percepción de la labor del gobierno, la percepción del estilo de gobierno, los partidos y su estrategia electoral y el cambio en la cultura política de los ciudadanos o en alguno de sus rasgos principales.<sup>8</sup>

<sup>7</sup> Es interesante la aportación de I. Crewe, "Has the Electorate Become Thatcherite?", en Robert Skidelsky (ed.), *Thatcherism*, Londres, Blackwell, 1989. En ella el autor revisa algunas variables como el estilo de gobierno, la popularidad de los primeros ministros, la percepción de los votantes sobre las políticas gubernamentales o el grado de coincidencia de las prioridades económicas gubernamentales con las de los ciudadanos para tratar de responder a la pregunta que da título a su artículo.

<sup>8</sup> Es curioso observar el relativo olvido de factores tan relevantes como los efectos de las instituciones, el sistema electoral o la distribución territorial del voto, por ejemplo, en los artículos revisados. Para un análisis científico de este punto véase A. Penadés, "El sistema electoral español (1977-1996)", en J. L. Paniagua y J. C. Monedero, *En torno a la democracia en España*, Madrid, Tecnos, 1999, pp. 289-341.



TABLA I

<i>Grupos de hipótesis</i>	<i>Temas que se incluyen</i>
La percepción de la labor del gobierno	<ul style="list-style-type: none"> <li>- La situación general de la economía</li> <li>- Las políticas de bienestar y el desempleo</li> <li>- La gestión gubernamental PSOE/ PP</li> <li>- La cuestión nacional y el terrorismo</li> </ul>
La percepción del estilo de gobierno	<ul style="list-style-type: none"> <li>- La habilidad del Ejecutivo para comunicar</li> <li>- La percepción de corrupción/ honestidad</li> <li>- El papel del presidente del gobierno y la cuestión del liderazgo</li> <li>- La capacidad de creación de expectativas entre los ciudadanos</li> </ul>
Los partidos y su estrategia electoral	<ul style="list-style-type: none"> <li>- Los problemas internos de los partidos (el aspecto del liderazgo, las cuestiones organizativas y el consenso sobre los mensajes electorales)</li> <li>- La capacidad de innovación de los mensajes políticos y la habilidad de comunicación de los partidos y de los líderes políticos respecto de los ciudadanos (con especial énfasis en la campaña electoral)</li> <li>- El realineamiento programático y discursivo de los partidos</li> </ul>
El cambio cultural	<ul style="list-style-type: none"> <li>- El eje izquierda/ derecha</li> <li>- El cambio de valores</li> <li>- El relevo generacional</li> <li>- La superación de la estigmatización de la derecha</li> <li>- Las expectativas de la clase media</li> <li>- El abstencionismo como fenómeno estructural</li> </ul>

*La percepción de la labor de los gobiernos.* Un conjunto de hipótesis acerca de las preferencias mostradas por los votantes en las elecciones de marzo de 2000 guarda relación con la percepción que tienen sobre los resultados de la acción de gobierno. Entre los éxitos atribuidos a la gestión del PP se señalan la baja de los impuestos, el crecimiento económico, la normalización de la vida política, la creación de puestos de trabajo o la entrada en el euro en una coyuntura económica favorable, situación que, si bien había empezado a notarse desde el año 1994, con el ministro socialista Solbes, no fue percibida por los ciudadanos de manera cabal sino hasta principios de 1997<sup>9</sup> con la llegada del PP al gobierno.

<sup>9</sup> Según las series históricas del Centro de Investigaciones Sociológicas (en adelante CIS), sólo desde 1997 comienzan a ser más los ciudadanos que realizan una valoración positiva de

Como señalan algunos analistas, la competencia, la eficiencia y la honestidad son razones suficientes para que los ciudadanos hayan consolidado al centro-derecha en el poder frente a una izquierda percibida como utópica y anacrónica. Al mismo tiempo, hay quienes postulan que, en buena medida, la derrota del PSOE, ya desde 1996, habría estado motivada, entre otras razones, por una deficiente gestión de la que, en el ámbito de la economía, el indicador más importante fue el elevado crecimiento del desempleo frente a la promesa de creación de nuevos puestos de trabajo.<sup>10</sup>

Respecto de estas ideas cabría introducir algunos matices. El primero de ellos es que, junto con los éxitos del gobierno popular, pueden enumerarse también algunos fracasos. No obstante, podría pensarse, en este sentido, que los desatinos del Ejecutivo del PP no han tenido la suficiente importancia en la valoración de los ciudadanos como para ser tomados en cuenta a la hora de formular sus preferencias en las urnas. O es posible que los electores, aun habiendo reconocido defectos, hayan considerado que ningún partido podía hacerlo mejor o hayan pensado que los populares simplemente estaban luchando contra la herencia recibida.<sup>11</sup> Finalmente, existiría también la posibilidad de que, como indican algunos analistas, el apoyo al PP se debió más bien a una especie de *error de apreciación* de los votantes sobre las consecuencias de fondo de su gestión ocasionado por la carencia de información —ya sea debido a la falta de exposición de los ciudadanos a los medios, al sesgo a favor de los populares introducido por los líderes de opinión o, incluso, a la deficiente y poco contundente labor de oposición de la izquierda en el Parlamento.

Es pronto para analizar si efectivamente la percepción ciudadana de una presunta buena gestión del PP ha tenido un peso importante sobre los electores.<sup>12</sup> Sin embargo, sí se dispone de algunos estudios acerca de la in-

---

la situación económica general que los que la evalúan como “mala” o “muy mala”, y alcanza sus porcentajes máximos entre los años 1999 y 2000. Con respecto a la situación política, comienza a observarse una valoración más positiva a mediados de 1996, y muestra sus porcentajes más altos en el año 1997 y posteriormente en el año 2000. *Datos de Opinión*, núm. 24, abril-junio de 2000.

<sup>10</sup> Hay que señalar que el desempleo es señalado por los ciudadanos como el principal problema que tiene el país en los últimos años, según los datos del CIS aparecidos en distintos Estudios.

<sup>11</sup> Véase J. M. Maravall y A. Przeworski, “Reacciones políticas a la economía”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 87, 1999, pp. 11-52; se trata de un análisis de los mecanismos “exonerativos” e “intertemporales” de responsabilización de los gobiernos y su influencia en las decisiones de voto.

<sup>12</sup> Aun así, hay que señalar que en los últimos tres años la diferencia entre los que opinan que la gestión del PP es “muy buena” o “buena” y los que opinan que es “mala” o “muy mala” se salda siempre a favor de la primera opción en todas las mediciones realizadas por

fluencia de la valoración de la gestión de los sucesivos gobiernos socialistas de ámbito nacional en la pérdida de apoyo electoral. En este sentido, algunas conclusiones pueden ser valiosas.<sup>13</sup> La primera de ellas es que parece existir cierta relación entre la valoración negativa de las condiciones económicas generales y la pérdida de votos.<sup>14</sup> Aunque durante la etapa PSOE de gobierno no parece que pueda encontrarse un vínculo determinante entre el hecho de estar desempleado<sup>15</sup> y el sentido del voto, ya que la mayor parte de los desempleados continuaban votando al PSOE incluso en las elecciones de 1996 –si bien es cierto que la persistencia y el crecimiento del desempleo contribuirían a restarle popularidad al gobierno. Ello se explicaría por dos razones: la atribución al gobierno de políticas de protección que contribuían a paliar las consecuencias del desempleo y la convicción generalizada de que ningún partido mejoraría su actuación.<sup>16</sup> En este sentido, al menos hasta 1993, el PSOE conservó un apoyo relativamente alto entre el electorado de trabajadores de cuello azul, el de las zonas rurales y el de aquellos colectivos que eran los principales beneficiarios de las transferencias públicas, como los desempleados y jubilados.<sup>17</sup> Sin embargo, el apoyo decreció de manera evidente entre las clases medias urbanas

---

CIS. Así ocurre, por ejemplo, en los *Barómetros* de enero de 1998 (Estudio 2 274), enero de 1999 (Estudio 2 316) y enero de 2000 (Estudio 2 381) con los siguientes resultados: 17.5, 26.2 y 30.8%, respectivamente. Según el Estudio 2 384 (2000) “Postelectoral, elecciones generales y autonómicas de Andalucía 2000”, Madrid, CIS, 46.2% de los ciudadanos que votaron al PP lo hizo principalmente “porque en general lo ha hecho bastante bien al frente del gobierno durante estos últimos cuatro años”.

<sup>13</sup> El de J. M. Maravall y M. Fraile, “Desempleo y política”, *Revista Española de Ciencia Política*, núm. 2, 2000, pp. 7-42, es uno de ellos. Una aportación muy interesante sobre este tema puede verse en I. Sánchez-Cuena y B. Barreiro, *Los efectos de la acción de gobierno en el voto durante la etapa socialista (1982-1996)*, Madrid, CIS, 2000.

<sup>14</sup> Como señala Barnes, *op. cit.*, p. 133, el estado de la economía como un todo afectaría más la decisión de voto que el impacto de las condiciones económicas sobre el individuo. La evidencia demostraría que los políticos son evaluados en su gestión de la economía más que en cómo sus políticas afectan al individuo.

<sup>15</sup> De todas las áreas de políticas, se utiliza aquí como ejemplo la cuestión del desempleo y de las políticas sociales porque parecen ser las que más afectan la valoración del gobierno. Otras como las relacionadas con la seguridad o el terrorismo guardan menor relación con la evaluación que los ciudadanos realizan del gobierno. Sánchez-Cuena y Barreiro, *op. cit.*

<sup>16</sup> M. Fraile, “El votante retrospectivo en la década de los noventa: el control de los gobiernos socialistas”, trabajo presentado en el seminario “Escándalos políticos y responsabilidad pública en la España contemporánea”, Madrid, UNED, 2000.

<sup>17</sup> J. J. González, “Clases, ciudadanos y clases de ciudadanos. El ciclo electoral del pos-socialismo (1986-1994)”, *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 74, p. 62 y ss. Véase también C. Boix, *Partidos políticos, crecimiento e igualdad. Estrategias económicas conservadoras y socialdemócratas en la economía mundial*, Madrid, Alianza Editorial, 1996.

debido, entre otras razones, al incremento de la presión fiscal y a una política macroeconómica demasiado rígida. Para González, “el PSOE sufrió primero un proceso de proletarización al final de los años ochenta y, más tarde, se desplazó hacia las clases pasivas de jubilados y amas de casa [...] Este segundo desplazamiento culmina la consabida inversión del perfil electoral socialista que pasó de ser un perfil más bien urbano, joven e ilustrado a principios de los ochenta, a otro más rural, notablemente envejecido y de bajo nivel educativo una década más tarde”. Según el autor, “el PSOE habría conseguido mantener un número parecido de votos, pero está claro que los votantes de 1993 ya no eran los mismos que al principio”.

Las conclusiones expuestas servirían no tanto para explicar la victoria del PP como para relativizar los argumentos sobre una derrota del PSOE, en 1996, debida a una hipotética gestión deficiente.<sup>18</sup> Habría, pues, que analizar también el impacto de la gestión del PP en el triunfo de 2000 en varios sentidos. Así, sería interesante profundizar en cómo se ha percibido el papel del gobierno durante estos últimos cuatro años en el descenso del desempleo –hasta qué punto se le atribuye la caída del desempleo–<sup>19</sup> y, en caso de que se hubiese percibido como positivo, hasta qué punto habría motivado a los votantes –parados y empleados– a apoyar la continuidad del PP en las tareas de gobierno.

Convendría investigar otro dato que, en el caso que es objeto de este artículo, tiene especial relevancia: la percepción de los ciudadanos acerca del mantenimiento con el nuevo gobierno de las principales políticas de protección social. Esta cuestión es interesante no sólo porque tal factor sí parece apoyar al partido en el poder sino también porque, en el caso español, la continuidad de este tipo de políticas habría dejado de ser objeto de apropiación exclusiva de la izquierda.<sup>20</sup> Si esto fuera así, las políticas socia-

<sup>18</sup> Ya que, como señalan Sánchez-Cuenca y Barreiro, *op. cit.*, p. 85, “la valoración de gobierno [...] incide en el voto. Ahora bien [...] no es suficiente para entender las decisiones de los votantes”.

<sup>19</sup> Ello debido a que, si durante la etapa del PSOE en el gobierno la responsabilidad por el desempleo no fue razón suficiente o al menos un motivo importante para dejar de votar tal partido, cabría pensar que tampoco la recuperación del índice de empleo habría sido motivo determinante para votar al PP. Ello podría haber ocurrido así solamente si el votante pensase que la responsabilidad por el desempleo es compartida –como así parece ser, de acuerdo con el Estudio 2 321 de marzo de 1999, según el cual los encuestados piensan que son causas importantes para explicar el desempleo: la situación económica (85%), la política del gobierno (72%), la mala gestión de los empresarios (70%), la falta de preparación de los trabajadores (56%) e incluso la comodidad de la gente que sólo quiere buenos trabajos (49%)–, mientras que la responsabilidad por el empleo es única o principalmente atribuible al gobierno.

<sup>20</sup> El éxito del PP se explicaría por “una mezcla de políticas sociales con la clásica receta neoliberal: mantener el gasto en pensiones, desempleo, educación y sanidad mientras se re-

les –ya que se mantienen– dejarían de ser por sí solas una razón determinante para votar en una o en otra dirección y todavía mucho más en un entorno de bonanza económica en el que, como señalan algunos comentaristas, la sociedad española no arriesga y, en este caso, no habría encontrado razones suficientes para desalojar al PP del poder.

*La percepción del estilo de gobierno.* La percepción del estilo de gobierno aparece como un factor que podría haber influido en el voto de los ciudadanos. Se entiende aquí por estilo de gobierno la concepción que los responsables públicos tienen del poder –su definición y su finalidad– y la utilización que del mismo hacen en el proceso de adopción de decisiones, y en su relación con las fuerzas políticas y sociales y con los ciudadanos.<sup>21</sup> De todas las variables que podrían utilizarse para realizar una aproximación a este concepto, destacan algunas de las comentadas en la prensa como la forma de relación con las distintas fuerzas sociales y con los oponentes políticos, la capacidad de comunicación con los ciudadanos, la posición mantenida ante cuestiones como la corrupción y la personalidad del jefe de gobierno.

Aunque existen argumentos enfrentados para calificar el estilo de gobierno del PP en estos últimos años, hay algunas coincidencias entre los analistas que señalan la habilidad del Ejecutivo para transmitir una sensación de rigor, eficacia y honestidad. A lo largo de la anterior legislatura, la labor del gobierno del PP había sido valorada de forma desigual en los medios de comunicación. Si bien algunos ministros eran evaluados de manera favorable por su disposición dialogante para con las fuerzas sociales –por ejemplo, con los sindicatos–, otros eran denostados por una actitud autoritaria e incluso sectaria. El PP habría sabido asumir esta crítica y prevenir el riesgo que ello podía significarle poniendo en marcha en su último congreso lo que se denominó “el giro al centro”. Con esta expresión se pretendía transmitir a los ciudadanos la intención del PP y, por ende, del gobierno de abandonar posturas –o a personas– que pudiesen hacer recordar épocas pasadas.

---

ducen los impuestos directos, se privatizan empresas y se liberaliza el mercado” (S. Juliá, “Mérito propio, demérito ajeno”, diario *El País*, 19 de marzo de 2000).

<sup>21</sup> Para otra definición y un estudio de los estilos de gobierno, véase K. R. Korte, “Solutions for the Decision Dilemma: Political Styles of Germany’s Chancellors”, *German Politics*, vol. 9, núm. 1, 2000, pp. 1-22. En él se pueden observar algunas dimensiones interesantes que se incluyen en el análisis del estilo de gobierno.

Independientemente de si ese giro al centro respondía a una convicción política o, simplemente, a una estrategia oportunista, la realidad es que parece haber tenido sus efectos. Entre los calificativos más utilizados en la prensa destaca, sobre todo, el de moderación; aunque también se repiten otros como los de serenidad, tranquilidad, seguridad o estabilidad política; y otro más como rigor, control, eficacia, gestión frente a politización,<sup>22</sup> capacidad o modernidad. De esta manera se acuña una frase que habría de convertirse en eslogan y que habría de gozar de gran predicamento tanto entre los partidarios como entre los detractores del gobierno —para estos últimos de forma irónica, evidentemente: “España va bien”. Si con ella el gobierno del PP no logró ilusionar de nuevo a los ciudadanos —tal y como lo consiguió el PSOE en las elecciones de 1982—, al menos habría causado el efecto de introducir un elemento de tranquilidad y una sensación de cierta continuidad en la vida política y social.

La percepción de honestidad/ corrupción es la característica a la que más peso se concede entre las que componen lo que se ha denominado el estilo de gobierno. Más importancia que las cuestiones señaladas en el párrafo anterior para explicar tanto la victoria del PP como la derrota del PSOE tiene el recurrente tema de la corrupción. En este sentido, el Ejecutivo de José María Aznar se esforzó durante toda la legislatura por mostrar una actitud aparentemente firme con respecto a este asunto. Y no sin razón, puesto que si, como se ha señalado más arriba, no puede establecerse una correspondencia perfecta entre percepción de la gestión y comportamiento electoral de los votantes, sí parece existir un vínculo más estrecho entre la pérdida de votos del PSOE en 1996 y los escandalosos casos de corrupción en los que algunos de sus militantes con responsabilidad pública se vieron involucrados.<sup>23</sup> Así, el asunto de la corrupción sirvió para explicar la derrota del PSOE en las elecciones anteriores y también para explicar la caída socialista en la convocatoria de marzo de 2000, según los distintos analistas. Por un lado, se ha criticado la continuidad de algunos de los can-

<sup>22</sup> Es importante destacar aquí que, como es suficientemente sabido, uno de los rasgos característicos de la cultura política de los españoles es su valoración crítica de los políticos y de la política. Frecuentemente, política se contraponen a gestión, de manera que una gestión no politizada equivaldría a una actuación pública eficaz, eficiente y libre de componendas partidistas. Por supuesto, la toma de posición por un modelo de gestión implica la adhesión a un determinado modelo político de gestión de los asuntos colectivos.

<sup>23</sup> M. Fraile, *op. cit.* Sánchez-Cuenca y Barreiro, *op. cit.*, matizan más este vínculo, p. 85: “ha quedado demostrado que si bien el grado de corrupción percibida afecta a la probabilidad de votar al partido en el poder (especialmente entre los antiguos votantes socialistas), lo realmente determinante es que se crea que el gobierno está haciendo todo lo posible para esclarecer los casos descubiertos”.

didatos que ocupaban puestos muy notorios durante el gobierno del PSOE; por otro lado, se señala la incapacidad moral de este partido en la oposición para obligar al PP a responder ante la opinión pública de los casos de corrupción que también le han sido atribuidos. En definitiva, el énfasis en la ética, la honestidad y el rigor –sean estos valores reflejo de la realidad o no– ha sido utilizado como un elemento más para que el PP lograra distanciarse en cuanto a los votos.

Además de lo anterior, cabe referirse al papel del presidente del gobierno.<sup>24</sup> Éste parece tener especial fuerza entre las hipótesis explicativas de los resultados electorales. Los analistas coinciden en señalar la falta de carisma del presidente Aznar. Sin embargo, las consecuencias de esto no son valoradas negativamente por todos. Por un lado, la ausencia de atributos carismáticos no habría impedido a Aznar mantener el liderazgo y la cohesión dentro de su partido; por otro lado, sus carencias como líder político habrían permitido acentuar el énfasis en otros de sus rasgos, como el de gestor, hombre pragmático, trabajador y frío. Con tales calificativos no sólo se pretende resaltar las virtudes o los defectos de Aznar como presidente, sino que, además, se trata de poner distancia con respecto a Felipe González, cuyo carisma, al final de su mandato, habría degenerado en una prepotencia que le habría impedido hacer un análisis certero de la realidad española y de los problemas de su propio partido.

Finalmente, es de señalarse una apreciación de la mayor parte de los comentaristas. Se refiere a cierta sensación de cansancio de la sociedad española que guarda estrecha relación con los casos de corrupción y con la falta de expectativas ante algunos problemas; finalmente, con una visión negativa, a la que se le percibían pocas posibilidades de mejorar. El PP habría logrado, si no devolver las expectativas, al menos sí ofrecer, a través de mensajes positivos, alternativas frente a un discurso presuntamente agotado.

*Los partidos y su estrategia electoral.* A diferencia de las explicaciones sobre asuntos relacionados con la percepción de los resultados de la gestión y con la del estilo de gobierno, los factores que en este apartado se recogen están vinculados directamente con los partidos que han competido en las

<sup>24</sup> El Barómetro de abril de 2000 (Estudio 2389, CIS), posterior a las elecciones, recoge las valoraciones de los ciudadanos sobre el papel de José María Aznar en el debate de investidura como presidente del gobierno: 54.1% de los encuestados señala que sus intervenciones le parecieron “muy bien” o “bastante bien”. Además, opinan que el presidente demostró conocimiento de los problemas del país (68.5%), moderación (69.3%) o sentido práctico (60.9%).

elecciones de marzo de 2000. Es claro que, en la praxis, no puede separarse la vida interna de una formación política, las decisiones que en su seno se adopten o su funcionamiento con el hecho de haber tenido responsabilidad de gobierno. Sin embargo, se trata en este lugar de poner el énfasis en los aspectos de partido y de la participación de los partidos políticos en el juego electoral. Varios son los temas destacados por los analistas. En primer lugar, se hace referencia a problemas internos de los partidos, en especial, a las cuestiones de liderazgo y organizativas, y al consenso sobre los mensajes electorales.<sup>25</sup> En segundo lugar, se hace mención de la capacidad de innovación de los mensajes políticos y de la habilidad de comunicación de los partidos y de los líderes políticos con respecto a los ciudadanos.

Cuando los comentaristas se refieren a los problemas de las dos principales formaciones políticas en la oposición, PSOE e IU, parece existir una sospechosa similitud. Con respecto al PSOE destaca, en primer lugar, la ausencia de un liderazgo capaz de aglutinar a las distintas facciones enfrentadas en el partido. La retirada de Felipe González como secretario general de la formación y la elección apresurada de Joaquín Almunia como su sucesor habrían precipitado una crisis interna que comenzó tiempo atrás. Las siguientes decisiones de Almunia –sobre todo, la convocatoria a elecciones primarias–, con la voluntad de avanzar hacia la democratización del PSOE y de conseguir reforzar su legitimidad, finalmente habrían puesto de manifiesto una situación de deterioro.

Los acontecimientos se complicaron con la victoria de Josep Borrell frente a Almunia en las elecciones primarias –con las que se pretendía presentar un candidato solvente a la presidencia del gobierno–, la posterior retirada de aquél y su definitivo relevo por Almunia, ya en una posición de debilidad manifiesta. Todo ello sería el reflejo de problemas sin resolver: faccionalismo y carencia de diálogo interno, distanciamiento entre las bases y el aparato del partido, dificultades para la renovación generacional, ausencia de planificación en la sucesión de González, inadecuada estructura territorial, falta de agilidad en la adopción de decisiones o una subcultura política extremadamente rígida.

Es muy importante destacar que en ningún caso se hace referencia a un debate ideológico interno; es más, la inexistencia del mismo sería tam-

<sup>25</sup> Son muy interesantes en este sentido los trabajos de H. Kitschelt, "Class Structure and Social Democratic Party Strategy", *British Journal of Political Science*, núm. 23, 1993, y del mismo autor: "Los partidos socialistas en la Europa Occidental y el reto de la izquierda libertaria", en W. Merkel (ed.), *Entre la modernidad y el postmaterialismo. La socialdemocracia europea a finales del siglo XX*, Madrid, Alianza Editorial, 1994; y de T.A. Koelble, "Recasting Social Democracy in Europe", *Politics & Society*, núm. 20, 1992, y "Social Democracy between Structure and Choice", *Comparative Politics*, núm. 24, 1992.



bién un síntoma de malestar. El conjunto de factores señalados habría impedido al PSOE centrarse en la campaña electoral, sobre todo, para definir con claridad los mensajes a los ciudadanos, quienes se habrían sentido más desconcertados, si cabe, debido al tardío pacto con IU. Parecidas críticas se recogen con respecto a IU: crisis de liderazgo, excesiva heterogeneidad y desarticulación interna, falta de entendimiento con las bases y con las agrupaciones territoriales, inconsistencia y extemporaneidad del pacto y ausencia de consenso respecto de él. En definitiva, como señala Taibo (2000), el problema final no es sólo la pérdida de votos sino también “el escaso convencimiento que se intuye detrás de aquellos que recibe”.

Por otro lado, todos los analistas coinciden en señalar la eficacia de la campaña electoral<sup>26</sup> con la que el PP se presentó ante los votantes. Aunque la valoración de las estrategias mediáticas y de comercialización es muy desigual, sí parece existir acuerdo en cuanto a la síntesis y la penetración de los mensajes de los populares y la inoportunidad y el débil contenido de los mensajes de los socialistas. Según Barnes, mientras dura el juego electoral, los partidos sacan los temas de campaña que les favorecen y tratan de que sean distintos a los de otros partidos, cuando no tienen propuestas o respuestas elaboradas sobre ellos.<sup>27</sup> Durante la campaña electoral, el PP había dejado fuera del debate sus ideas acerca de la inmigración, el servicio militar o la construcción europea. Y, sin embargo, no sólo había puesto el énfasis en las políticas sociales típicas,<sup>28</sup> usurpando el espacio tradicional de la izquierda, sino que, en algún sentido, forzó el debate sobre las mismas. Si, como señala Dalton,<sup>29</sup> los individuos simplifican la compleja política eligiendo los temas que les interesan o les afectan directamente, habría que reconocer la habilidad de los diseñadores de la campaña del Partido Popular.

<sup>26</sup> Aunque 81.4% de los ciudadanos dicen haber tenido decidido su voto antes del inicio de la campaña electoral, lo cierto es que tanto el PP como Aznar reciben las mejores evaluaciones de su actuación en campaña, con respecto a las otras formaciones políticas o líderes. Así 48.4% de los ciudadanos califica la campaña del PP como “muy buena” o “buena” frente a 7.6 y 10.5% que dice lo mismo de las campañas de IU y del PSOE respectivamente. En cuanto a los líderes, la actuación de Aznar es considerada como “muy buena” o “buena” por 46% frente al 11.4% de Almunia y el 9.7% de Frutos (el líder de IU). Estudio 2 384 citado.

<sup>27</sup> Barnes, *op. cit.* Un análisis sobre el impacto de los temas de campaña que incluye un interesante estudio de caso puede encontrarse en A. Pradró-Solanet y J. M. Colomer, “Espacio político-ideológico y temas de campaña. El ejemplo de las elecciones autonómicas de Cataluña de 1992”, *Revista de Estudios Políticos*, 1994, pp. 131-159.

<sup>28</sup> Según el Estudio 2 384 (citado), desde el punto de vista de los ciudadanos los asuntos más debatidos en campaña fueron las pensiones y el empleo. Respecto de la globalidad de los temas, los encuestados indican que el partido que tiene una posición más cercana a la suya, en relación con esos temas, es el PP (42.7%), seguido del PSOE (18.7%) y de IU (5.9%).

<sup>29</sup> *Op. cit.*

*El cambio en la cultura política.* El último conjunto de explicaciones a las que los analistas se refieren está estrechamente vinculado con un supuesto cambio en el perfil político de la sociedad española de finales de los noventa. Tal transformación consistiría, por un lado, en la pérdida de vigencia de la tradicional identificación de los españoles con la izquierda o con la derecha<sup>30</sup> y, por otro lado, en la agudización de la desafección y la apatía hacia la mayor parte de los componentes del sistema político. El origen de tales especulaciones estaría relacionado, de nuevo, con los resultados electorales. Así, los principales indicadores de cuyo análisis se obtienen estas conclusiones son, en primer lugar, la victoria del PP por mayoría absoluta y la derrota del PSOE y la pérdida de apoyo electoral de las formaciones de izquierda en general. Tal circunstancia es, para muchos comentaristas, observable en la existencia de un desplazamiento en el eje izquierda/derecha de ubicación ideológica de la población. De manera que los españoles, tradicionalmente situados más a la izquierda que a la derecha, se habrían movido hacia el centro o centro derecha. En segundo lugar, los analistas incluyen el elevado índice de abstencionismo para apoyar la idea de una sociedad cada vez más desinteresada y apática, y, sobre todo, con una identificación ideológica más débil.

Respecto de la identificación de los ciudadanos con la izquierda y la derecha son interesantes los tres grupos de consideraciones que se formulan —aunque hay que señalar que son pocos los casos en que, implícita o explícitamente, se recurre a una sola de las explicaciones. Aun a riesgo de simplificar excesivamente las hipótesis, éstas podrían resumirse así: primera, la sociedad española ha dejado de ser de izquierdas; segunda: la sociedad española, en realidad, nunca, fue de izquierdas; tercera, independientemente de la ubicación ideológica de los ciudadanos españoles, lo que se ha producido es un realineamiento de los principales partidos políticos.

En cuanto al primer grupo de hipótesis se especula con la existencia de un cambio en la cultura política de los españoles. La sociedad española —en especial los más jóvenes— estaría sufriendo un proceso de transformación consistente en la modificación de sus valores, de sus intereses y de su forma de entender la política. Entre los nuevos electores predominarían los valores individualistas y todos ellos compartirían un fuerte desinterés por los asuntos colectivos o, al menos, por las formas tradicionales de hacer y de estar en política. También se defiende la idea de que la propia política desarrollada por el PSOE en sus años de gobierno habría generado

<sup>30</sup> Muy al contrario de lo que ocurre con la identificación partidista, que es muy débil en España.

una clase media urbana más conservadora en lo económico y con expectativas sobre su nivel de vida difíciles de satisfacer.

En relación con el segundo grupo, las explicaciones se refieren, más que a una modificación de los valores o a un cambio ideológico, al abandono de la estigmatización tradicional de la derecha en España, y también en este fenómeno tendría un papel importante el progresivo relevo generacional. Para algunos es necesario, por tanto, analizar el éxito de la derecha en las elecciones de 2000 desde una perspectiva histórica. En este sentido, la convocatoria a las urnas de marzo habría logrado enterrar definitivamente la identificación de la derecha española con el régimen franquista. El rechazo a la derecha por parte de los ciudadanos españoles siempre habría tenido que ver, más que con una clara opción ideológica, con una fuerte reacción contra el régimen dictatorial, y la identificación con la izquierda, con la opción que representaba la forma democrática de gobierno. Por un lado, la solidez de la democracia y la percepción de un discurso agotado y sin expectativas habrían influido en la cauta victoria del PP en 1996 y, tras observar la continuidad de la normalidad democrática, un porcentaje elevado de votantes habría seguido apoyándolo, mientras que otro, el de los abstencionistas, no habría tenido motivos suficientes para desalojar al actual gobierno. Por otro lado, habría sido un elemento decisivo la incorporación progresiva de los nuevos votantes no tan identificados con la carga histórica de la izquierda y la derecha en España (la mitad de los electores de hoy no tenían la mayoría de edad en los comienzos de la democracia).

En tercer lugar, aunque casi nunca se menciona de forma directa, algunas hipótesis serían explicativas, más que de un cambio en el electorado, de un realineamiento de algunos partidos. No se trataría de un cambio, al menos no significativo, en las orientaciones políticas básicas de los ciudadanos, sino más bien de un viraje de las formaciones políticas. En este sentido, el PP, en línea con otros partidos políticos europeos, habría optado por un programa amplio y se habría desplazado hacia el centro utilizando una estrategia consistente en el aparcamiento de sus ideas más conservadoras, en el mantenimiento de las principales políticas de bienestar social.

Finalmente, el elevado índice de abstencionistas<sup>31</sup> es también un tema recurrente. Algunos analistas muestran gran preocupación por este hecho,

<sup>31</sup> Véase C. Boix y C. Riba, "Las bases sociales y políticas de la abstención en las elecciones generales españolas", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 90, 2000. En este artículo se examinan los factores sociales y políticos que determinan la abstención en las elecciones generales españolas. Los autores demuestran la influencia de algunos factores políticos (tales como la capacidad movilizadora de los partidos, el nivel de satisfacción global con la situación política del país o el grado de capital social) en la participación.

que sería la constatación de un proceso creciente de desafección, de desinterés hacia lo político e incluso de alienación con respecto al sistema político en su totalidad. Son pocos los comentaristas que, por el contrario, se refieren al abstencionismo con el calificativo de “responsable”, y algo más numerosos los que lo catalogan como prácticamente la única opción para los electores que, no deseando apoyar a la derecha, tampoco estarían decididos a votar por la izquierda.

Curiosamente, el fenómeno del abstencionismo es utilizado también por los analistas para apoyar cualquiera de los tres grupos de hipótesis anteriores. Así, por ejemplo, es el resultado del individualismo, del desinterés, del cansancio e incluso de una cierta autopercepción de incapacidad política para influir en lo público; es el reflejo de la confusión de los votantes ante partidos con ofertas similares, o es la consecuencia lógica de la rutinización democrática. En el siguiente apartado se presentarán datos útiles para discutir algunas de las explicaciones relacionadas con los factores culturales.

#### LA CULTURA POLÍTICA DE LOS ESPAÑOLES DE LOS NOVENTA

La explicación de la política a partir de la teoría de la cultura política es una pretensión clásica a pesar de las numerosas críticas que la citada teoría ha recibido desde la primera formulación sistemática que Almond y Verba hicieron en 1963.<sup>32</sup> Desde entonces, innumerables investigaciones han tratado de matizar las conclusiones de los autores, de clarificar las relaciones entre la cultura política y otros elementos del sistema político e, incluso, de reformular la propia definición de cultura política. En este trabajo se emplea la definición de cultura política propuesta por Almond y Powell,<sup>33</sup> la que se entiende como el conjunto relativamente estable y homogéneo de orientaciones cognitivas, afectivas y evaluativas de los miembros de una comunidad política hacia las diversas estructuras y aspectos del sistema político.

La hipótesis del cambio cultural ha sido utilizada para explicar qué motiva los cambios electorales en los últimos años.<sup>34</sup> En el caso español, como se

<sup>32</sup> Hay una edición en castellano: G. A. Almond y S. Verba, *La cultura cívica. Estudios sobre la participación política democrática en cinco naciones*, Madrid, Euroamérica, 1970 (“Colección FF”, “Serie Estudios”). Un resumen de las principales críticas y la respuesta a las mismas puede leerse en G. A. Almond, “El estudio de la cultura política”, en *Una disciplina segmentada. Escuelas y corrientes en las ciencias políticas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, pp. 196-218.

<sup>33</sup> G. A. Almond y G. B. Powell, *Comparative Politics: A Theoretical Framework*, Nueva York, Haper Collins College, 1996.

<sup>34</sup> R. Dalton, S. Flanagan, P. A. Beck, *Electoral Change in Advanced Industrial Democracies: Realignment or Dealignment?*, Princeton, Princeton University Press, 1984.

señaló con anterioridad, buena parte de las hipótesis barajadas a este respecto aluden a un presunto cambio en la cultura política de los españoles o en alguno de sus componentes. La cultura política no es inmutable. Como señala el propio Almond,<sup>35</sup> a diferencia de los “climas políticos”, el conjunto de las convicciones y valores políticos de los ciudadanos es más resistente, aunque puede modificarse como resultado de diferentes variables, entre las cuales podrían citarse circunstancias históricas de especial peso, las estructuras políticas e incluso un desempeño gubernamental exitoso (o lo contrario).

En el caso español es común considerar que la cultura política actual “nació en la transición”,<sup>36</sup> y también es habitual aceptar que desde entonces han sido pocos los cambios de importancia que las características culturales han sufrido. El propósito de este apartado es describir algunas de las peculiaridades de la cultura política española prestando especial atención a los rasgos de la misma que han sido mencionados por los comentaristas. Lo anterior y el reducido espacio de este trabajo obligan a elegir sólo algunos de los indicadores típicos utilizados para explorar la cultura política. De esta manera y aunque sea de forma genérica, merece la pena prestar atención a algunos datos disponibles sobre dimensiones tales como: la percepción de la legitimidad de la democracia por parte de los ciudadanos; las actitudes y valoraciones hacia algunos componentes del sistema político –hacia sí mismos, la política, los políticos, las instituciones...; la evolución ideológica de los ciudadanos, su participación electoral, sus hábitos políticos.

### *Los rasgos de la cultura política de los españoles en el año 2000*

La más llamativa de las conclusiones que los analistas obtienen, tras ocuparse de las elecciones de marzo de 2000 en España, es la preocupación por el surgimiento de algunos síntomas que pudieran ser indicativos de una cultura política de alienación –hostil– con respecto al sistema político. Sin embargo, los datos parecen revelar todo lo contrario. Ha sido suficientemente demostrado que ya, incluso antes de la transición, existían entre los españoles valores democráticos sólidos. Y puede afirmarse que, desde el inicio del proceso de democratización, las orientaciones positivas hacia la democracia no han aflojado el paso (véase la tabla 2). Incluso en aquellos momentos en los que ha predominado una valoración negativa de la co-

<sup>35</sup> G. A. Almond, “El estudio de la cultura política”, en *Una disciplina segmentada. Escuelas y corrientes en las ciencias políticas*, op. cit., pp. 196-218.

<sup>36</sup> J. Arango, “Los españoles y la política”, en varios, *Historias de una década. Sistema financiero y economía española, 1984-1994*, Madrid, AB Asesores, 1984, pp. 61-79.

yuntura política y un fuerte pesimismo sobre la situación económica, la legitimidad democrática ha demostrado ser una variable con gran autonomía y solidez. En este sentido, puede decirse que el primero de los rasgos de la cultura política de los españoles sigue siendo el fuerte apego a la democracia y a sus instituciones principales.

TABLA 2

<i>Legitimidad de la democracia</i>	<i>Años/ %</i>							
	<i>1980</i>	<i>1985</i>	<i>1988</i>	<i>1992</i>	<i>1995</i>	<i>1996</i>	<i>1998</i>	<i>2000</i>
La democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno	49	69	72	73	79	81	85	86
En algunas circunstancias, un régimen autoritario, una dictadura, puede ser preferible al sistema democrático	10	11	10	12	9	8	5	4
A las gentes como yo lo mismo nos da un régimen que otro	8	11	10	10	8	7	7	7
NS/NC	33	9	8	5	4	4	3	3

Fuente: series históricas del CIS. Para 1998, Estudio 2309; para 2000, Estudio 2387.

Cosa bien distinta es la utilización de la democracia y de todas las posibilidades que la misma ofrece a los ciudadanos. En este sentido es fácil detectar rasgos que indican cierta apatía como, por ejemplo, el exiguo interés que generan las noticias entre los españoles, su poco frecuente exposición a las informaciones políticas, incluso de la televisión, o su relativamente baja –aunque estable– tasa de participación, y finalmente, la auto-percepción de su escasa capacidad para influir en las decisiones públicas. A estos datos pueden adjuntarse otros como la aversión hacia la clase política, la inquina hacia los funcionarios públicos en general y la baja tasa de afiliación a partidos políticos o a sindicatos. Es cierto que estas particularidades de la cultura política podrían apoyar la idea de la desafección,<sup>37</sup> pero ya es más dudoso que puedan sustentar la de una apatía creciente,

<sup>37</sup> Véase, por ejemplo, J. R. Montero, R. Gunther y M. Torcal, “Légitimité, mécontentement et désaffection dans les nouvelles démocraties. Le cas de l’Espagne”, *Revue Française de Science Politique*, vol. 49, núm. 2, 1999, pp. 171-203. Los autores definen (pp. 183 y ss.) la desa-

porque se trata de características de la idiosincrasia política española que, en ningún caso, han experimentado un crecimiento alarmante.

En esta línea, no estaría de más reflexionar sobre otra realidad a veces escondida por la generalidad y la aparente contundencia de los datos expuestos. Así, junto con las evaluaciones negativas del panorama político global se encuentran valoraciones positivas o muy positivas sobre la mayoría de los servicios públicos o los distintos cuerpos de funcionarios —maestros, médicos, policías, etc. No obstante la desconfianza manifestada hacia los políticos, se deja en sus manos la responsabilidad de la solución de los problemas de los ciudadanos y, sobre todo, la procuración del bienestar social. Del mismo modo, si, entre todas las actitudes de los españoles se reflexiona, por ejemplo, en el abstencionismo en las últimas elecciones generales, podría observarse que la participación electoral no ha descendido significativamente con respecto a otras convocatorias.<sup>38</sup> Y aunque pueda expresarse el deseo de un índice de participación creciente —al menos por parte de quienes creen que la finalidad de la democracia es avanzar hacia ello—, debe considerarse para el análisis que se trata de un índice bastante estable desde el inicio democrático y que está dentro de la media del contexto europeo,<sup>39</sup> así como que puede hablarse una tasa de participación más elevada en aquellas convocatorias en las que los ciudadanos vieron la posibilidad de un relevo del partido en el gobierno y sintieron la necesidad de que así fuera. Del mismo modo, deberían considerarse factores como la normalización democrática, la utilización responsable del abstencionismo<sup>40</sup> o la emergencia de otras formas de participación —a pesar de no ser éstas todavía muy significativas.

---

fección como un síndrome cuyos síntomas se podrían situar a lo largo de un *continuum*: un extremo equivaldría a la integración completa de los ciudadanos en el sistema y en el polo opuesto se situarían aquellas actitudes de hostilidad y alienación respecto del sistema. De todos los síntomas posibles, los autores se detienen, para el caso español, en el grado de interés o de preocupación de los ciudadanos sobre la política y las cuestiones públicas y la autopercepción de la su capacidad política.

<sup>38</sup> La tasa de participación en las convocatorias a elecciones generales ha sido la siguiente: 1977, 70.83%; 1979, 68.04%; 1982, 79.97%; 1986, 70.94%; 1989, 69.74%; 1993, 76.44%; 1996, 77.38%; 2000, 69.98%. Como puede verse, la abstención ha sido más alta en otras elecciones e incluso en momentos en los que lo que estaba en juego —la propia democracia— era mucho más serio y la efervescencia democrática era más elevada.

<sup>39</sup> La abstención, aun siendo de las más altas de los países europeos, no está lejos de la de otras democracias como la francesa, irlandesa, anglosajona o finlandesa, en elecciones generales. Véase M. Justel, *La abstención electoral en España 1977-1993*, Madrid, CIS, 1995.

<sup>40</sup> Una discusión sobre el abstencionismo en la democracia española desde la perspectiva de la cultura política puede verse en Ma. L. Morán, "La construcción del discurso sobre la participación en la cultura política española", *Foro Internacional*, vol. XXXVII, núm. 1, 1997.

Otra de las cuestiones analizadas por los comentaristas ha sido el aparente desplazamiento de los ciudadanos en el eje ideológico de izquierda-derecha. Dos indicadores han refrendado la tradicional identificación de los españoles en posiciones de izquierda o centro izquierda. La primera de ellas es el análisis de las preguntas de autoubicación formuladas en algunas encuestas. La segunda es el cómputo de los votos de los partidos de izquierda y derecha en las distintas convocatorias electorales. En cuanto al primer punto, habría que decir que sí es cierto que en los últimos años se ha producido un desplazamiento hacia posiciones de centro (pero no de centro derecha).<sup>41</sup> Sin embargo, como han señalado los analistas, existen algunas objeciones con respecto a tal indicador, incluso más allá de la construcción de la propia escala utilizada. La primera de ellas es que existe un considerable porcentaje de entrevistados (entre 25 y 30) que no responden. La segunda es la tradicional estigmatización de la derecha en España, que posiblemente disuade o ha disuadido a un buen número de personas a la hora de manifestar en público sus preferencias políticas. Finalmente, los mismos ciudadanos ubican a los partidos a lo largo del *continuum* en posiciones muy distintas de las de su propia identificación:<sup>42</sup> por ejemplo, el PP estaría situado en torno a 7 o 7.5 y el PSOE alrededor de 4 o incluso de 4.5. Una primera aproximación a los datos expuestos parece conducir la argumentación hacia respuestas no concluyentes; de modo que, si se parte de la idea de que el ciudadano español ha sido de izquierdas,<sup>43</sup> el análisis de los indicadores utilizados no parece ser determinante para afirmar que haya dejado de serlo. Por otro lado, y respecto de los resultados de las últimas elecciones, cabe señalar que el porcentaje de votantes situados en los partidos vinculados con la derecha ha aumentando ligeramente en relación con las últimas convocatorias electorales. Pero también cabría recordar aquí el elevado número de nuevos abstencionistas que, aunque no han votado a la izquierda, tampoco lo han hecho a la derecha. Parece, por tanto, que estos datos no son especialmente significativos para apoyar la idea de la “derechización” de la sociedad española y, quizá, convendría revisar más datos y especular con otras hipótesis.

En el sentido expuesto anteriormente, valdría la pena reflexionar también sobre otras cuestiones más vinculadas con el contenido ideológico de

<sup>41</sup> Según datos del CIS, la media en el eje de autoubicación ideológica (donde 1 equivale a las posiciones más situadas a la izquierda y 10 a las posiciones de derecha) para el año 96 se situaba en 4.7; los datos de 1998 la colocan más cercana a 4.8; en la mayoría de los Estudios de 1999 supera el 4.8 y en algunos del 2000 llega a 5.

<sup>42</sup> Conviene recordar aquí que es un rasgo de la cultura política española la débil identificación partidista.

<sup>43</sup> Cuestión que, ateniéndose a los datos, tampoco resulta tan clara.



la izquierda y de la derecha. Por ejemplo, los españoles son más partidarios del valor de la igualdad que del de la libertad, son firmes defensores de un Estado del bienestar sólido y del gasto público (véase la tabla 3), aunque sean reticentes al incremento de los impuestos, y prefieren que la responsabilidad en la prestación de los principales servicios continúe recayendo en las administraciones públicas. Al lado de ello, existe una gran preocupación por las cuestiones de perfil más materialista<sup>44</sup> y de corte conservador, como por ejemplo el orden público o la seguridad física o económica. Pero también habría que señalar la emergencia aún no muy vigorosa de otros valores –típicamente posmaterialistas–, sobre todo entre los más jóvenes, como la preocupación por el medio ambiente, la participación en organizaciones distintas de las tradicionales vías de canalización de intereses, la defensa de colectivos minoritarios y, finalmente, el decaimiento de los valores religiosos menos tolerantes y el avance –éste sí más fuerte–, en los últimos años, hacia la secularización.

Cabe preguntarse ante tal escenario si este conjunto de características de la sociedad española, en el que parecen predominar algo más los valores progresistas que los conservadores, guarda una relación estrecha con los partidos que compiten en el espectro político español. Es decir, si los ciudadanos establecen alguna vinculación entre estos valores y preferencias, por un lado, y los partidos, por otro. Del mismo modo sería necesario analizar cuál es el peso que conceden a cada uno de ellos para votar por una u otra formación política. Efectivamente tal problema sobrepasa los límites de este estudio pero sí pueden formularse algunas ideas. Por un lado, la idea de un cambio en la orientación ideológica de los españoles, como indicador principal de la victoria del PP, no se sostiene si lo que se valora es el conjunto de los rasgos arriba expuestos. Más probable parece, por el contrario, la tesis de un realineamiento del PP hacia posiciones de centro, que se habría presentado a las elecciones con una propuesta amplia: mantenimiento de las principales políticas de bienestar, respuesta a las necesidades materialistas de seguridad y abandono de las ideas vinculadas con los valores más conservadores. Por otro lado, ni el PSOE ni la IU habrían sido capaces de presentar alternativas sólidas desde el punto de vista de los ciudadanos o, si lo hicieron, es probable que el peso de otros factores las hubiese dejado en un segundo plano. Al mismo tiempo, es posible

<sup>44</sup> Véase R. Inglehart, *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, Madrid, CIS, 1991; y del mismo autor, *Modernización y postmodernización. El cambio cultural, económico y político en 43 sociedades*, Madrid, CIS, 1998. Para un análisis del materialismo/ posmaterialismo en España véase J. R. Montero y M. Torcal, "Cambio cultural, conflictos políticos y política en España", *Revista de Estudios Políticos*, núm. 89, 1995, pp. 9-33.

TABLA 3

<i>Actitud ante la hipotética reducción del gasto público en diversos servicios públicos</i>	Años																
	1985	1986	1987	1988	1989	1990	1991	1992	1993	1994	1995	1996	1997	1998	2000		
Enseñanza	-75	-70	-77	-80	-77	-77	-79	-80	-80	-80	-84	-84	-84	-82	-88		
Obras públicas	-30	-48	-46	-51	-51	-50	-52	-48	-44	-41	-40	-37	-45	-47	-53		
Desempleo	-	-	-	-	-	-	-62	-61	-63	-71	-72	-70	-70	-71	-74		
Defensa	39	40	44	41	47	38	33	39	30	31	21	26	20	18	16		
Sanidad	-69	-71	-75	-81	-	-80	-80	-81	-81	-83	-83	-84	-85	-83	-88		
Orden público	-19	-29	-23	-30	-30	-31	-31	-32	-35	-38	-42	-48	-55	-55	-80		
Vivienda	-53	-63	-58	-62	-65	-68	-72	-70	-69	-73	-75	-73	-71	-73	-74		
Justicia	-	-	-	-	-43	-46	-47	-50	-51	-52	-59	-54	-57	-59	-66		
Pensiones	-56	-64	-69	-77	-78	-76	-75	-77	-80	-79	-79	-82	-80	-82	-85		
Transporte	-	-	-	-	-46	-51	-55	-47	-45	-45	-51	-49	-53	-60	-73		
Medio ambiente	-	-	-	-	-51	-61	-59	-63	-62	-71	-72	-69	-68	-73	-72		
Administración general	-	-	-	-	1	-7	-8	7	6	-9	-10						

Fuente: Estudio 1 465 de 1985, 1 535 de 1986, 1 674 de 1987, 1 752 de 1988, 1 849 de 1989, 1 880, 1 901 de 1990, 1 971 de 1991, 2 017 de 1992, 2 063 de 1993, 2 111 de 1994, 2 187 de 1995, 2 219 de 1996, 2 253 de 1997, 2 293 de 1998 y 2 394 de 2000.

que la emergencia de los valores más posmaterialistas no tenga todavía el peso suficiente para determinar el sentido del voto –bien porque el número de votantes no sea aún significativo, bien porque junto con predilecciones posmaterialistas conviven valores materialistas fuertemente ligados al temor a la inestabilidad económica– o, aun teniéndolo, no exista gran claridad sobre cuáles son los partidos que los representan.

## CONCLUSIONES

En este artículo se ha tratado de presentar una sistematización de las discusiones que los políticos, los académicos y los analistas han sostenido en la prensa acerca de los resultados más destacados de las elecciones generales de marzo de 2000 en España: la victoria de un partido del centro derecha (Partido Popular) por mayoría absoluta por primera vez desde la restauración democrática, la pérdida por un amplio margen de votos de las formaciones de izquierda de ámbito nacional (Partido Socialista Obrero Español e Izquierda Unida) y el elevado abstencionismo (unos nueve millones de ciudadanos aproximadamente). La sistematización ha dado lugar a cuatro conjuntos de hipótesis: la percepción de los ciudadanos sobre la labor del gobierno, la percepción sobre el estilo de gobierno, el papel de los partidos políticos y su estrategia electoral, y el cambio en la cultura política de los españoles.

El objetivo de este artículo era realizar una aproximación más detallada a las hipótesis que especulan con la posibilidad de un cambio en la cultura política de los españoles, o en alguno de sus componentes, como causa del inesperado resultado electoral. La transformación cultural de la sociedad española a la que se hace alusión se refiere fundamentalmente a la pérdida de vigencia de la tradicional identificación de los ciudadanos con las categorías izquierda y derecha, por un lado, y a una agudización de la apatía clásica con la que los españoles se relacionan con el sistema político.

Los argumentos expuestos en este artículo conducen a la conclusión de que no puede hablarse de una *significativa* variación en los rasgos de la identificación ideológica de los españoles. De modo que si se parte de la idea –equivocada o no– de que la sociedad española ha sido siempre de izquierdas, no hay motivos suficientes para pensar que haya dejado de serlo. Por otro lado, tampoco parecen existir razones de peso para deducir que la sociedad española avance cada vez más hacia una cultura política apática ni mucho menos se puede calificar ésta de alienada –ello no es óbice, por supuesto, para que pueda expresarse el deseo y la necesidad de generar hábitos de mayor compromiso con lo político.

En definitiva, no puede utilizarse el argumento sobre un cambio en estos rasgos de la cultura política española como una variable capaz de explicar de manera principal el resultado electoral. Más bien, sería conveniente la exploración de otras hipótesis. Entre ellas parece cobrar fuerza la capacidad del PP para convencer al electorado, en una coyuntura especialmente delicada para la izquierda española, de su sensibilidad hacia las políticas de bienestar —que son temas que han preocupado y siguen preocupando en la misma medida a los ciudadanos—, de su habilidad en evitar casos de corrupción y del abandono de buena parte de los rasgos más negativos tradicionalmente asociados con la derecha en España.

#### ARTÍCULOS DE PRENSA CONSULTADOS

- Albiac, G., “Un clan generacional”, diario *El Mundo*, 19 de marzo de 2000.
- Almunia, J., “Carta abierta con posdata”, diario *El País*, 14 de abril de 2000.
- Arango, J., “Ni lo era ni ha dejado de serlo”, diario *El País*, 19 de marzo de 2000.
- Azúa, F. de, “Opinión”, diario *El País*, 22 de marzo de 2000.
- Bouza, F., “El malestar en la política”, diario *El País*, 15 de marzo de 2000.
- Cacho, J., “La derrota de ‘los felipancos’”, diario *El Mundo*, 14 de marzo de 2000.
- Campo Sainz de Rozas, J., “La derrota, una historia antigua”, diario *El País*, 14 de abril de 2000.
- Dahrendorf, R., “Votar por no votar”, diario *El País*, 9 de abril de 2000.
- Editorial, “PSOE: congreso ordinario, crisis extraordinaria”, diario *El Mundo*, 14 de marzo de 2000.
- , “El significado profundo de una victoria”, diario *El Mundo*, 15 de marzo de 2000.
- , “PSOE-IU: los datos de la derrota”, diario *El Mundo*, 16 de marzo de 2000.
- , “Victoria inequívoca”, diario *El País*, 13 de marzo de 2000.
- , “Balance y perspectivas”, diario *El País*, 22 de marzo de 2000.
- , “Todo por hacer”, diario *El País*, 23 de marzo de 2000.
- Ekaizer, E., “El nuevo Príncipe”, diario *El País*, 23 de marzo de 2000.
- Elorza, A., “Volver a empezar”, diario *El País*, 17 de marzo de 2000.
- Escudero, M., “La agenda de una transición necesaria”, diario *El País*, 18 de marzo de 2000.
- García-Abadillo, C., “Y España dejó ayer de ser de izquierdas”, diario *El Mundo*, 13 de marzo de 2000.
- Gil Calvo, E., “Plebiscito”, diario *El País*, 20 de marzo de 2000.
- Gómez Yáñez, J. A., “La prioridad: desbloquear el PSOE”, diario *El País*, 14 de abril de 2000.
- Gutiérrez, J. L., “Aznar tenía razón”, diario *El Mundo*, 15 de marzo de 2000.
- Heras, R. J., “Izquierda Unida, sin salida”, diario *El Mundo*, 14 de marzo de 2000.
- Herrero de Miñón, M., “La llamada de la historia”, diario *El País*, 18 de marzo de 2000.

- Jiménez, T., "La renovación necesaria", diario *El País*, 17 de marzo de 2000.
- Juliá, S., "Mérito propio, demérito ajeno", diario *El País*, 19 de marzo de 2000.
- , "Un sistema muy asentado", diario *El País*, 26 de marzo de 2000.
- , "La crisis de los 10 años", diario *El País*, 2 de abril de 2000.
- Laborda, J. J., "Recuperar la fuerza reformista", diario *El Mundo*, 15 de marzo de 2000.
- Lamo de Espinosa, E., "Contra toda expectativa", diario *El País*, 13 de marzo de 2000.
- López Agudín, F., "La más amarga derrota", diario *El Mundo*, 13 de marzo de 2000.
- , "El cobrador del frac", diario *El Mundo*, 14 de marzo de 2000.
- López Garrido, D., "El retorno a la sociedad", diario *El País*, 21 de marzo de 2000.
- Mendicutti, E., "La risa delatoria", diario *El Mundo*, 18 de marzo de 2000.
- Ortiz, J., "La izquierda indefinida", diario *El Mundo*, 18 de marzo de 2000.
- Paramio, L., "Tras la derrota", diario *El País*, 18 de marzo de 2000.
- Pérez Touriño, E., "Una nueva etapa", diario *El Mundo*, 15 de marzo de 2000.
- Pradera, J., "Una victoria indiscutible, superfluamente ensuciada", diario *El País*, 13 de marzo de 2000.
- , "De Marx a Ortega", diario *El País*, 22 de marzo de 2000.
- Ruiz Gallardón, A., "Diez millones de votos", diario *El Mundo*, 14 de marzo de 2000.
- Sevilla, J., "Reflexión postelectoral", diario *El País*, 4 de marzo de 2000.
- Sinova, J., "Un triunfo personal de Aznar", diario *El Mundo*, 13 de marzo de 2000.
- , "Por qué ha ganado Aznar", diario *El Mundo*, 14 de marzo de 2000.
- Solé-Tura, J., "Un liderazgo de suplentes", diario *El País*, 17 de marzo de 2000.
- Subirats, J., "Por si sirve de ayuda", diario *El País*, 10 de abril de 2000.
- Taibo, C., "La izquierda de la izquierda", diario *El País*, 7 de abril de 2000.
- Torcal, M., "Identidades cambiantes", diario *El País*, 19 de marzo de 2000.
- Tusell, J., "Decálogo para una izquierda aplastada", diario *El País*, 5 de abril de 2000.
- Vargas Llosa, M., "España va bien", diario *El País*, 19 de marzo de 2000.
- Vargas-Machaca, R., "Cuestión de supervivencia", diario *El País*, 14 de abril de 2000.
- Vidal-Folch, X., "Bonanza económica, victoria electoral", diario *El País*, 13 de marzo de 2000.
- Villena, L. A., "Empinada cuesta arriba", diario *El Mundo*, 19 de marzo de 2000.
- Wert, J. I., "Las verdades del 12-M", diario *El País*, 8 de abril 2000.